

MEDITACIÓN 7

EL VALOR DE LO OLVIDADO

**CONSIDERAR
A LOS /**

DEMÁS

P. Juan Jaime Escobar Valencia, Sch. P.



Nunca estamos conformes del quehacer de los demás
y vivimos a solas sin pensar en los demás,
como lobos hambrientos, acechando a los demás,
convencidos que son nuestro alimento, los demás.

Los errores son tiestos que tirar a los demás;
los aciertos son nuestros y jamás de los demás;
cada paso un intento de pisar a los demás,
cada vez más violento es el portazo a los demás.

Las verdades ofenden si las dicen los demás,
las mentiras se venden, cuando las compran los demás;
somos jueces mezquinos del valor de los demás;
pero no permitimos que nos juzguen los demás.

Nuestro tiempo es valioso; pero no el de los demás;
nuestro espacio, precioso; pero no el de lo demás.
Nos pensamos pilotos del andar de los demás;
donde estemos nosotros... que se frieguen los demás.

Apagamos la luz que, por amor a los demás,
encendió en una cruz, el que murió por los demás;
porque son ataduras, comprender a los demás,
caminamos siempre a oscuras sin contar con los demás.

Condenamos la envidia, cuando envidian los demás,
mas lo nuestro es desidia, que no entienden los demás.
Nos creemos selectos entre todos los demás;
seres pluscuamperfectos, con respecto a los demás.

Y olvidamos que somos, los demás de los demás;
que tenemos el lomo como todos los demás,
que llevamos a cuestras, unos menos y otros más,
vanidad y modestia como todos los demás.

Y olvidando que somos los demás de los demás,
Nos hacemos los sordos, cuando llaman los demás,
porque es tontería escuchar a los demás,
y tildamos de manía el amor por los demás.»

(Alberto Cortez)

Ayer caíamos en la cuenta de la importancia de conjugar la vida en primera persona del plural, aprendiendo a decir “nosotros” y empezando a olvidar ese exceso de “yo” al que nos hemos acostumbrado en los últimos tiempos. Ya es un paso grande y trascendental comenzar a plantearnos que tenemos una suerte y un destino comunes, que nuestras oportunidades dependen de nuestra unidad y fraternidad y de nuestra capacidad de apoyarnos y sostenernos los unos a los otros. Ahora bien, el paso del “yo” al “nosotros” supone algo muy difícil para el espíritu humano, pues implica descentrarse, dejar de mirarse uno a sí mismo como primer y radical interés, y alzar la vista para ver a los otros, para pensar y considerar a los demás.

Jesús enseñaba algo que nos ha costado mucho comprender y es que para seguirlo a Él, que es el hombre que vive por los demás, se entrega por los demás y da su ser entero por los demás, es necesario negarse uno a sí mismo. El sí mismo es en ocasiones como un hoyo negro que absorbe todo lo que hay alrededor para alimentarse, absolutizando las necesidades y apetencias individuales y desimportándose e incluso ignorando las necesidades de los otros. Sin darse cuenta, uno termina haciendo un imperio alrededor del sí mismo en el cual todo lo primero es para uno: los sentimientos de uno, los gustos de uno, los caprichos de uno, las comodidades de uno, el tiempo de uno, el espacio de uno, la manera de pensar de uno, las convicciones de uno, los intereses de uno, las cosas de uno, el cuarto de uno, la comida de uno, las personas que le pertenecen a uno, lo que éstas le deben dar a uno... Y los demás, por cercanos y supuestamente amados que sean, quedan postergados, aplazados, descartados, desbancados, porque primero es uno, porque primero estoy yo. Y justamente ahí resuenan las palabras de Jesús:

«El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga.» (Mateo 16, 24).

Y es que seguir a Jesús supone vivir como Él que no piensa primero en sí mismo, sino en los otros, aunque eso suponga justamente tener que cargar, por amor, una cruz.

¿Por qué cuesta considerar a los demás? Cuesta porque los seres humanos no sólo somos territoriales, sino que aprendemos a defender y proteger nuestro yo. Podríamos decir que el

egoísmo se nos da como algo natural, mientras que el amor oblativo, es decir, el amor que encuentra más dicha en dar que en recibir, lo tenemos que aprender.

- Me cuesta considerar a los demás porque tiendo a percibirlos como rivales. Los demás, que demandan tiempo, espacio, bienes, alimento, se presentan como aquellos que me podrían quitar lo mío. Por eso, el yo se enfrenta a ese enemigo potencial que me puede arrebatar el puesto que yo quería, el pedazo que anhelaba, la persona que yo deseaba poseer.
- Me cuesta considerar a los demás porque se presentan ante mis ojos como competidores. Pueden hacer las cosas mejor que yo, destacarse más que yo, hacerse notar mejor que yo, obtener reconocimiento en vez de yo obtenerlo, ocupar el lugar que creía que era para mí, tener más belleza o talento o fuerza o inteligencia que yo, ganarse el corazón de alguien que quería ganarme para mí. Y por eso, muchas veces uno intenta anular a los demás, burlarse de los demás, ridiculizar a los demás, criticarlos, ofenderlos con crueldad, pues se trata de vencer a como dé lugar a los competidores de la carrera para ganarla yo.
- Me cuesta considerar a los demás porque constituyen un riesgo. Uno no controla ni lo que sienten ni lo que piensan ni lo que hacen los demás, por eso, acercarse a los demás siempre constituye un riesgo: podrían no tenerme en cuenta, podrían quitarme lo mío, podrían herirme, podrían hacerme sufrir, podrían romperme el corazón. Por eso, uno prefiere encerrarse en la seguridad de su propio refugio individual y salir de él únicamente cuando uno tiene la ventaja de usar y no ser usado, de aprovechar sin ser aprovechado.
- Me cuesta considerar a los demás porque son inoportunos. Lo bueno del encierro en sí mismo es que uno decreta los tiempos y los ritmos, pues, al fin de cuentas, si se trata de dar algo o amar a alguien u ofrecer algo de sí mismo, eso se realiza cuando uno quiere y no antes ni después. Por eso no es extraño que nos impacienten las peticiones de los demás, incluso las que nos hacen los que decimos amar, ya que nos sacan de nuestra zona de confort y nos piden hacer las cosas no cuando nos resulta cómodo, sino cuando ellos lo piden o lo necesitan.

- Me cuesta considerar a los demás porque me descentran de mí mismo. Uno suele organizar la vida alrededor de los gustos, apetencias, necesidades y placeres de uno mismo y, de hecho, no suelo tener escrúpulos para hacer girar a los demás alrededor de eso que me conviene a mí mucho más que a ellos o, incluso, para nada a ellos. Me cuesta caer en la cuenta que el esposo o la esposa, el hermano o la hermana, los hijos, los amigos, el novio o la novia, los compañeros, los vecinos, los otros seres humanos, incluso las demás criaturas, son parte de esos demás que sin consideración alguna hago sufrir sin mayor remordimiento, pues, lo que al fin de cuentas busco es mi propia conveniencia y si hay que pagar un precio, que lo paguen el precio los demás.

Lo que estamos viviendo en estos días es una oportunidad maravillosa para plantearnos la necesidad de pensar en los demás y considerarlos de corazón, ya que ninguno de nosotros va a salir solo de esta hora. Si salimos, saldremos en compañía de los demás y gracias a los demás. Los invito a aprender de Jesús la forma como hay que considerar a los demás:

- Para considerar a los demás es necesario **VERLOS**. Una de las cosas que hace el egoísmo es invisibilizar a los otros. Pasamos por la vida y no vemos, no vemos la pobreza de los necesitados, no vemos el drama de los olvidados, no vemos las penas de los que sufren, no vemos las lágrimas del que hacemos sufrir, no vemos, a veces, ni siquiera el dolor de mi propio hijo o hija o de mi esposo o esposa o hermano o hermana. Simplemente uno no ve. Jesús es Dios viéndonos, posando su mirada en nosotros, notando el sufrimiento de los pecadores, la enfermedad de los afligidos, el extravío de la ovejita descarriada, el arrepentimiento del hijo desconsiderado que quiere volver, el error de quienes lo crucifican porque no saben lo que hacen.
- Para considerar a los demás es necesario **ESCUCHARLOS**. Uno tiene demasiados oídos para las propias quejas, lamentos e intereses, y demasiado pocos para los de los demás. Cuantos padres y madres nunca han escuchado a sus hijos, sobre todo a sus hijos adolescentes. Cuantos hijos cierran sus oídos a las voces de sus

mayores y se aíslan en su propio mundo. ¡Cuánta incomunicación en esta paradójica época en la que abundan las formas de comunicarnos! Jesús es el oído de Dios, de ese Dios a quien llega el clamor de su pueblo oprimido, que escucha las voces del pobre, que oye el rumor de dolor que atraviesa el espacio hasta llegar a Él, que recibe en su corazón la petición desesperada del compañero de penas que le suplica ser recordado por Él cuando Él llegue a su Reino.

- Para considerar a los demás hace falta **PONERSE EN SU LUGAR**. Uno se acostumbra a ver la vida desde la propia perspectiva y desde los propios intereses. Visto todo desde ahí, desde uno mismo, los motivos, sentimientos y reacciones de los demás resultan muchas veces incomprensibles, absurdos o lesivos. Y, sin embargo, si uno cambia de óptica y, por un momento, uno se esfuerza por comprender con los ojos del otro, todo puede transformarse y lo ininteligible puede ser comprendido. Jesús es, por definición, el Dios que se hace hombre, el Dios que deja el lugar de su condición divina, para ponerse en el lugar de nuestra condición humana y entender, desde ahí, todas nuestras penas.
- Para considerar a los demás hay que experimentar **COMPASIÓN**. Uno suele centrarse en sus propios dolores. Las penas, los sufrimientos y las quejas de uno son lo que realmente importa y aquello que uno pone de relieve. Compadecerse, en cambio, es sentir como propio el dolor de los demás, es dejarse estremecer por el sufrimiento y las aficciones de los otros. Los evangelios dicen que Jesús sentía dolor físico al contemplar el sufrimiento de la multitud que erraba como ovejas sin pastor y que era ese dolor lo que lo llevaba a actuar sin tardanza para remediar las penas de todos.
- Para considerar a los demás hay que **AMAR CON AMOR DE OFRENDA**. Uno se acostumbra al amor mercantil de este mundo, según el cual a cambio de lo poco que doy, espero ser recompensado con lo mucho que me dan. No es casualidad que la mayor parte de las tensiones con las personas que uno quiere, sea para reclamar lo que se supone que me tendrían que haber dado y no me dieron, o, al menos, no tanto como yo esperaba que me lo dieran. Jesús es el amor que se

olvida de sí mismo y se da por completo, sin condiciones, sin límites, sin intermitencias, sin pausas, sin esperar nada a cambio, gratuitamente, como gratuito es el amor de Dios.

Es hora de dudar de las bondades del mundo egoísta que construimos. Tal vez tanto sí mismo y tan poca consideración con los otros, fue parte de esta tragedia global que estamos viviendo. Pensamos que podíamos seguir buscando hasta el extremo lo de cada uno, sin darnos cuenta que pagarían el precio los demás y que, tarde o temprano, cada uno de nosotros, yo mismo, seríamos parte del grupo de los demás.

“

Esto dice el Señor:

— El ayuno que yo quiero es éste:

abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos,
dejar libres a los oprimidos, romper todas las cadenas;

partir tu pan con el hambriento,

hospedar a los pobres sin techo,

vestir al que ves desnudo

y no cerrarte a tu propia carne.

Entonces, romperá tu luz como la aurora,

en seguida te brotará la carne sana;

te abrirá camino la justicia,

y te seguirá la gloria del Señor.

Clamarás, entonces, al Señor, y Él te responderá;

Pedirás auxilio en la tribulación y Él te dirá: “¡Aquí estoy!”.»

(Isaías 58, 6-9a).



®

Orden Religiosa de las Escuelas Pías

ESCOLAPIOS NAZARET

"Educación en Piedad y Letras"